

Candados
El cierre del amor



pág. 10

relato erótico
El castigo



Pág. 5

Luis
Landerero

Retrato de un
hombre inmaduro



Contraportada

año 3
número 13
abril - mayo 2010
10000 ejemplares

Paréntesis

El periódico literario

Deja que broten tus ideas



cacmálaga

Centro de Arte Contemporáneo

Jonathan Meese

9 de abril - 20 de junio

Poemas de Mohamed
Chukri y Luis G. Montero

pág. 3

Pigmalion, John Updike

pág. 4

Una chica cualquiera

pág. 6

Homenaje a Kurt Cobain

pág. 6

Taller de Escritura

pág. 7

Microrrelatos

pág. 8

Un condenado a muerte

pág. 11



Gilbert
&
George

contra la
fauna local

Pág. 9



Periódico Paréntesis

C/Sánchez Pastor, 1, 1ªdcha.
29015 Málaga
Tlf. 952 60 82 44

www.tallerparentesis.com
periodico@tallerparentesis.com

Director Rafael Caumel
Consejero Antonio Almansa
Coordinadora Lola Lorente
Delegado Jorge Rosa

Redacción
Poesía de Siempre y de Hoy:
Mauricio Ciruelos,
Montserrat López,
y otros

Prosa de Siempre:
Rafael Caumel,
Antonio Almansa,
y otros

Prosa de Hoy:
Pablo Betancourt,
y otros

Viajes y Literatura:
Pedro Rojano,
Rafael Caumel,
y otros

Música y Literatura:
Jorge Rosa,
Damián Marrapodi
y otros

Escritura y Psicoanálisis:
Emilio Mármol, y otros

Taller de Escritura:
Rafael Caumel

Crítica literaria:
Antonio Almansa, y otros

Los lectores escriben:
Eugenia Carrión,
Montserrat López,
Damián Marrapodi,
y otros

Cine:
Sergio de los Santos, y otros

Convocatorias de concursos:
Pablo Betancourt, y otros

Cartas de los lectores:
Lola Lorente

Entrevista:
Lola Lorente, y otros

Diseño y Maquetación:
Rafael Caumel

Asistencia gráfica:
Pedro Rojano
Mauricio Ciruelos
Damián Marrapodi

Editorial

Aunque la primavera esté aquí y haya brotes verdes por todas partes, los políticos y empresarios siguen sin encontrar ideas más allá de los impagos y recortes. Parece que esta vieja Europa alojada en el desencanto y la queja, cada vez más conservadora, se ha quedado sin imaginación.

Incluso el mundo del arte, sector creativo por antonomasia, anda asmático desde que el ventolín de las subvenciones culturales ha perdido gas.

La inversión en publicidad, que tradicionalmente ha sostenido publicaciones e iniciativas culturales (aunque siempre en menor número que deportivas), ha disminuido de forma drástica; los cerebros pochos del marketing han elegido el peor momento para dejar a un lado la difusión; cuando menos conveniente es desaparecer, ese es el camino que la mayoría elige, volviendo a depositar su confianza en un irrisorio boca a boca.

En Paréntesis nos gusta contar historias, buscar ideas y comunicarlas, pero como andar por la calle susurrándolas de oreja en oreja nos parece pobre y cansino, ponemos los medios para llegar al mayor número de personas posibles. Esto de la crisis

no nos va a disuadir de seguir narrando. Todo lo contrario, hace falta estar en crisis para poder escribir (desde la calma de las certezas, la ocurrencia consiste en preguntarse si es conveniente cambiar el sofá por un sillón

orejero), como es necesario tener fe en las propias posibilidades y no dejar de pensar e imaginar. Tenemos ideas de sobra y queremos compartirlas. ¿Siente usted los brotes?



Cartas de los lectores

¿Enfermedad o manipulación?

En el número anterior, una de las cartas hablaba de la enfermedad que se podía diagnosticar a partir de la lista de libros más vendidos. Hace poco asistí a una mesa redonda en la que algunos escritores comentaron que las listas de ventas son manipuladas por las editoriales con fines publicitarios.

Aun asumiendo que los lectores hacemos mal en seguir las modas, estas tácticas sucias con las que algunas empresas nos hacen leer lo que quieren vender lleva a pensar que no son sólo los gobiernos quienes quieren un pueblo idiotizado a quien manejar fácilmente. Ése es en realidad el sueño de cualquier negociante de medio pelo, esté sentado en la presidencia de un partido o una multinacional, o en la banqueta de un baratillo de pueblo.

Carlos Navas
Málaga

Mundos imaginarios

Estaba reunida con la familia en un jardín mientras mi sobrino jugaba con otros niños delante de una puerta vieja que tenía una ventanilla de cristal. El chico me llamó para contarme que aquello era la guarida de un fantasma que, si lograba salir, se los comería. Los niños no estaban asustados, sino emocionados, y les sorprendió que me uniese al juego.

Estudiamos las fechas y nombres grabados en las paredes de cemento e imaginamos cómo aquellas personas cayeron presa del fantasma comilón. Nos asomábamos a la ventanilla, gritábamos y nos daba un ataque de risa nerviosa cuando salía algún ruido de dentro.

Todo terminó cuando llegó el abuelo (mi padre): *¿Un fantasma? No digáis tonterías.*

De pequeña subía con algunas compañeras al *Gori-Gori* (llamábamos así a una parte abandonada de mi

colegio, que se destinó a convento de clausura). Imaginábamos que las manchas de óxido de la bañera eran los restos de sangre de un asesinato. Por los pasillos todavía retumbaban las carcajadas de aquellas monjas locas. Y las nuestras.

No sé cuándo dejé de jugar a las historias que inventaba. Quizás ese sea el motivo por el que empecé a escribir, para seguir haciéndolo sin que mi padre me mire como el día que espíamos al fantasma encerrado.

Lucía Martín
Granada



NEOÁTICA
SERVICIOS PROFESIONALES PARA INTERNET

DOMINIOS · DISEÑO DE WEBS · ALOJAMIENTOS · APLICACIONES ONLINE

Contacto · Correo electrónico: info@neoatica.com · Web: www.neoatica.com
· Telf: 952 60 29 59

Poesía de Siempre

Mohamed Chukri (1935-2003)

Rostros, amores, maldiciones
(Editorial Debate)

En el capítulo "El rostro de Magdalena"

Celos.
Veo lo que veo.
Quizá me guste
Pero no puedo
Vivir lo que veo.
Dijo: No te mereces ninguna mujer más que yo.
Dije: No eres la única entre las mujeres.
Dijo: ¿Qué edad tienen todas tus mujeres?
Dije: Tienen la edad de una en todas ellas.
Dijo: ¿Tu distancia de ella?
Dije: La que nos acerca y nos aleja.
Dijo: ¿Y entre los dos?
Dije: A veces yo, a veces ella,
A veces ninguno.
Dijo: No creo en nadie.



© Jesse Therrien

Tasio Peña



Poesía de Hoy

Luis García Montero

Vista cansada
(Ed. Visor, 18 €)

NO SÉ VIAJAR SIN TI

Deshice la maleta. Fue saliendo
doblada una ciudad con voz de lluvia.
De las perchas colgaron
los cielo rotos y la luz sumisa.
Ordené las preguntas
en la parte derecha del cajón
y a la izquierda dispuse un restaurante,
una mesa sin hambre y sin rumor de sábanas
para cenar cansado de estar solo.

Luego bajé a la calle.
En la esquina arrugada de una chaqueta negra
me detuve a mirar
la luna de las ropas interiores.
Dolía el pasaporte en el bolsillo
igual que los extraños y las tiendas cerradas.
Quise llamar un taxi. No levanté la mano.
Se paró junto a mí la desventura
de una ciudad vacía.

A media noche estaba a medio ser
en medio de la nada.

No sé viajar sin ti,
ni contarte las cosas por teléfono.

Si desea publicar un poema, cuento o microrrelato, envíelo junto a su nombre, apellidos y teléfono a colaboraciones@tallerparentesis.com. Paréntesis incluirá los mejores en los siguientes números del periódico.

Pígalión, de John Updike (1932-2009)

Lo que le gustaba de su primera mujer era su talento para la imitación. Después de una fiesta, una fiesta que hubieran dado ellos mismos o cualquier otro matrimonio, sabía imitar con gran realismo todo aquello que habían visto: rostros, voces y con su bonita boca hacía toda clase de pequeñas muecas con las que sabía revivir en un mágico momento la presencia de cualquier amigo ausente.

—Bueno, en fin, ¿a mí de verdad me interezaze... ¿No es así como habla Gwen?, a ver: ¿a mí de verdad me interezaze la ecología...

Y él, su marido, se echaba a reír, y no paraba, a pesar de que Gwen era secretamente su amante y acabaría siendo su segunda mujer. Lo que más le gustaba de Gwen era lo mucho que se agitaba en la cama, y lo que menos le gustaba de su primera mujer era lo mucho que insistía en que le diese masaje en la espalda, y luego, mientras sus manos la frotaban fatigosamente, todas las noches se le quedaba dormida.

Durante los primeros años de su segundo matrimonio, cuando volvía con Gwen de alguna fiesta, él, sin darse cuenta siquiera, esperaba que empezaran las imitaciones, la recapitulación. Alguna vez llegó incluso a hacer de apuntador:

—¿Qué te pareció el hermano de nuestra anfitriona?

—Bueno —decía entonces Gwen, sin más—, pues a mí, la verdad, me pareció muy agradable. —Y como su intuición femenina le daba a entender que él esperaba más, añadía a veces—: Bueno, inofensivo, un poco estirado si quieres.

Sus ojos relucían al oír, en el silencio expectante de él, una no expresada solicitud, y acababa diciendo, con esa traba suya tan conmovedora e infantil:

—Pero ¿qué quieréz zaber?

—No, nada, bueno, es que... no; pues que Marguerite le conoció una vez hace años ya y quedó sorprendida de lo tonto y pedante que era. Esa manera suya de chupar la pipa y de terminar siempre sus frases diciendo: «¿Entiendes lo que quiero decir?»

—Pues a mí me pareció perfectamente agradable —dijo Gwen, gélida. Y le volvió la espalda para quitarse el ceñido y plateado vestido de noche. Cimbreado para hacerlo bajar caderas abajo, le miró de nuevo y añadió retadora:

—Y te diré, sabía mucho de trucos fiscales.

—No lo dudo —se burló débilmente Pígalión, paralizado al ver que su mujer, desnuda, avanzaba en línea recta hacia él y hacia la cama conyugal—. Es tardísimo.

—Hala, ven —dijo ella, después de apagar la luz.

La primera imitación que hizo Gwen fue la del segundo marido de Marguerite, Ed. Se habían encontra-



do los cuatro inopinadamente en un baile a beneficio de las ballenas en extinción, al que había sido invitado todo el mundo.

—¡Oh, la la! —dijo después ella, con voz estentórea, cuando ya estaban los dos en la alcoba conyugal—, de modo que eres tú mi noble predecesora. —Y añadió, a manera de aparte—: Sí, sí, noble, te tiene tanta rabia que le pusiste frenético.

—¿De veras? —dijo él—, pues la verdad es que yo a él le encontré perfectamente agradable, a pesar de que la cosa pudo haber sido más violenta.

—Sí, *por cierto* —asintió ella, imitando al bonachón y expansivo Ed, y durante un mágico instante sus facciones, de ordinario menudas y redondas, adoptaron la expresión ligeramente vidriosa y fofa de forzada benevolencia de Ed—, nada violento entre tú y yo, ¡jajajajaja! —su rostro siguió animándose—, y a propósito, chico, dime: ¿cómo es que ya nunca nos llega a tiempo tu cheque para la manutención del niño?

Él se echó a reír y no podía parar, encantado de ver que su mujer tenía ya esa gracia que a él le parecía la auténtica feminidad: una sensibilidad plástica, alerta, ante el entorno humano, una capacidad de reacción sutil y sensitiva que cambiaba de dirección según la naturaleza misma. A él sólo le era posible entender el mundo, y éste era su gran miedo, si una mujer se lo traducía. Y ahora, siempre que volvían de alguna reunión y él preguntaba qué le había parecido fulano o zutano, Gwen se paraba a pensarlo en ropa interior, como si estuviese en pleno escenario.

—En fin, querido —rompía a declamar, en súbita y agitada parodia—, ¡si no fuese por Portugal, como lo oyes, no quedaría un solo país *de verdad* en toda Europa!

—Anda, anda —protestaba él, encantado de ver sus bonitas facciones deformadas en un gesto de extraño y caballuno esnobismo.

—¿Cómo lo hacía ella? —solía preguntar Gwen, llena de interés

«profesional»—. Algo que hacía con la barbilla, así, moviéndola de un lado a otro sin abrir la boca.

—¡Sí, sí, justo, eso! —aplaudía él.

—Claro que, como *sabees* —proseguía ella, imitando la voz—, *antes*, por lo menos, teníamos a Grecia, pero, ahora, con esos malditos *áarabes*...

—Sí, sí, justo —decía él, lleno de orgullo y con la cara dolorida de tanto reír.

Y la verdad es que lo hacía con absoluta perfección.

En la cama, ella le dijo:

—Es tardísimo.

—¿Quieres que te dé masaje en la espalda?

—Mmmmm. Zí, me gustaría.

Y mientras su mano izquierda trabajaba sobre esa superficie suave, cálida, flexible, su mujer —o ese algo diminuto que había en ella y que sólo a ella pertenecía— se iba alejando de él, hasta quedar fuera de su alcance; así, noche tras noche, se le quedaba dormida.

El castigo, de Ana Robles



Ilustración: Ángela Carrasco (angelacarrasco.blogspot.com)

Llega tarde a casa. Todos duermen. Sin hacer ruido gira la llave tres veces y avanza de puntillas hasta su habitación. Con los ojos vidriosos se deshace del abrigo, la sudadera roja, los vaqueros, las playeras, el sujetador y las bragas. Se acuesta desnuda y su olor impregna las sábanas. Tirita. Le cuesta entrar en calor.

A la mañana siguiente, con la boca arenosa, elige una sonrisa falsa para ocultar la mejor noche de su vida. Hace inventario de las mentiras que contará mientras se cepilla los dientes y comprueba los mordiscos del pecho. Reconoce los colmillos hasta en diez sitios distintos. Apenas se lava.

Temblando se acerca a la cocina. Escucha el carraspeo de la madre y el silbido de la tetera.

—¿A qué hora llegaste? No tienes buena cara. No deberías trastrochar tanto.

La garganta le escuece tanto como la vulva, colorada, rolliza, mantecosa. Dulce y pálida saborea la fiebre que le crece dentro. Piensa en la crueldad de sus garras afiladas lacerando la carne sin piedad, en su aliento caliente y húmedo en el oído, en los dientes ensangrentados y los mordiscos en el aire acercándose a la vagina.

La madre es gordita, rosa, con rulos. Se mueve desplegando manjares sobre la mesa. El padre, perfectamente planchado, oculta el rostro y espera paciente leyendo el periódico y tosiendo alguna vez. Huelen a tarta de manzana.

—He quedado con Paula. Mañana tenemos examen de historia.

La chica mira a la madre. Le parece un decorado vacío en una vida desierta. Un fósil. Le gustaría mostrarle las marcas, las heridas, los desconchones. Compartir su arrebato.

El padre pasa la página y lee en voz alta.

—Aseguran haber visto al hombre-lobo merodeando por la Sierra de las Nieves. Manuel García, de 39 años, iba de excursión con unos amigos cuando lo vieron adentrarse en el bosque. “Nos asustamos mucho. Al acercarnos para ver quién era, escapó. Había olor a podrido. Mi perro se quedó embobado, no reaccionó”.

La madre mira a la chica.

—No me gusta que salgas sola, que vuelvas tarde. Ese chico que te gustaba... ¿Ramón, Raúl? ¿No se ha vuelto a interesar por ti?

La chica restriega su lengua entre los dientes. Las llagas saladas avivan un terror dulce. Apenas se mueve para mantener el deseo intacto, el apetito. Todavía abrazada, recuerda el recorrido de la bestia por sus nalgas, los pezones, los dedos. Su hambre antigua devorándola, corrompiéndola. Se ruboriza de puras ganas. Nadie lo nota. Necesita concluir. Roba una tostada y arrastra las piernas trituradas hacia la puerta. El padre baja el periódico y sincroniza el reloj de mano con el del horno. Antes de perderla de vista, lanza el último gorjeo.

—A las diez en casa, si no...

La chica lo mira sin agotarlo, con indolencia. Le interrumpe.

—¿Por qué nadie me dijo que el sexo duele?

Se desangra aferrada al quicio. Agoniza.

El padre desecha la pregunta y concluye:

—Si no, te castigaré.

Una chica cualquiera, de Arthur Miller (Tusquets, 6 €)

Hablar de Arthur Miller es referirse a uno de los tres dramaturgos estadounidenses, junto a Eugene O'Neill y Tennessee Williams, más importantes del siglo XX. Al hablar de Miller conviene recordar al hombre íntegro que se enfrentó al comité anticomunista ideado por el sombrío McCarthy (con el que colaboró el chivato —y magnífico cineasta— Elia Kazan). Y también hablar de Miller es reconocerle un estilo literario realista, exento de florituras, que impactó a los escritores de su tiempo y continúa influyendo en todos los que hoy se deciden a escribir. Miller contó admirable y nítidamente historias cotidianas, de aparente sencillez, que a cualquiera de nosotros le hubieran podido ocurrir; historias en las que jamás abandonó el compromiso de la denuncia contra las actitudes hipócritas en general, frente a cualquier otra relación íntima falseada u oponiéndose a las apetencias imperialistas de la sociedad americana.

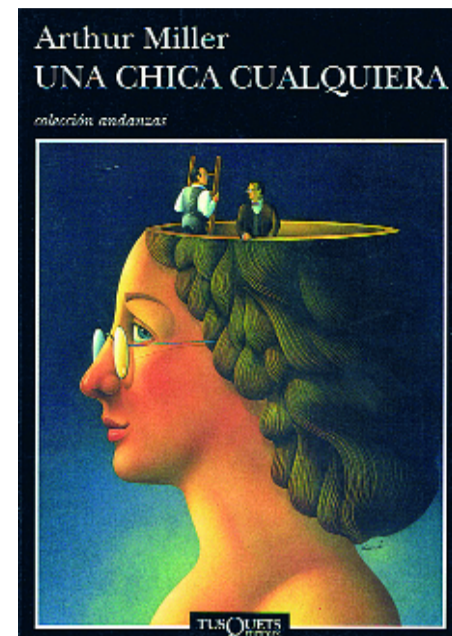
Infinidad de premios avalaron su carrera de escritor: desde algún Óscar por guiones cinematográficos o elegirle como el mejor dramaturgo del siglo XX según una encuesta del Royal National Theatre, hasta un par de Pulitzer; desde el prestigioso premio del Círculo de Críticos del Teatro de Nueva York hasta el Príncipe de Asturias en España. Autor de obras imperecederas —que continúan representándose habitualmente en los teatros del mundo— como *Todos eran mis hijos*, *Panorama desde el puente*, *Las brujas de Salem* o *Después de la caída*, es probable que alcanzase mayor popularidad, tanto en espectadores ocasionales como en eruditos, con *La muerte de un viajante*, para muchos la mejor obra teatral concebida en los últimos cien años.

En la breve, aunque memorable joya, *Una chica cualquiera*, Miller comienza la historia de Janice por el final (debemos estar atentos, por consiguiente, al primer párrafo). En ella

desarrolla la vida de la protagonista, una mujer poco agraciada, a partir de los recuerdos inolvidables que marcaron su existencia —el resto, se suponen anodinos— antes de encontrar a su último amor, el peculiar Charles Buckman; un hombre bastante mayor que Janice, al que le importan su belleza interior, su deseo larvado por ser feliz y su tierna actitud ante el futuro que les resta a los dos. Y aunque Janice se sintió querida alguna vez en el pasado, es a partir de Charles donde encontrará su libertad y la alegría por estar en el mundo, por vivir. Janice repasa sin rencor las experiencias, lamentables o magníficas, del tiempo con su primer marido y con posteriores amantes hasta llegar a Charles, de quien se enamora sin precauciones ni otros cálculos.

Nada desvelo de la novela puesto que las sorpresas e intensidad surgen durante su lectura, que puede hacerse en menos de dos horas. Son numerosos los momentos melancóli-

cos, reflexivos u otros plenos de humor. *Una chica cualquiera* es una novela corta aunque, para el lector, el recuerdo de la historia que narra y de su protagonista Janice nunca será efímero.



Caídas y fragmentos



A los doce años tuve mi primer encuentro consciente con la muerte. Era la tarde del 8 de abril. Corrí por el pasillo hasta la habitación de mi hermano. La puerta estaba abierta. Lo vi, de espaldas, sentado en la alfombra burdeos. Por los parlantes de madera de su pequeño reproductor sonaba *All apologies*. Luego de unos segundos, él se giró para decirme: “Cobain se voló los sesos”, sollozó y se tapó el rostro con la palma de las manos. Los dedos se entremezclaban con el pelo castaño. “Quizás era demasiado bueno para este mundo”, respondí

desde la puerta. Puede que a esa edad yo sólo repitiera frases sueltas que se decían en la tele o que oía de la vecina que fumaba y tomaba café con mamá. Fue muy raro. Mi hermano era un héroe, podía arreglarlo todo. Los héroes no lloraban. Algo malo había pasado.

A los dieciséis, mis padres me regalaron una guitarra. Un amigo, Pablo, venía a casa para enseñarme a tocar. Los discos de Nirvana sonaban sin descanso. Queríamos romper todo en la habitación. El pelo largo se había puesto de moda, y también las

camisetas con una cara que sacaba la lengua por el costado. Transpiradas, con manchas. Teníamos la estética (un desaliño muy estudiado), teníamos las ganas (o la desgana metafísica), pero no comprendíamos un carajo. Comenzamos a fumar, a probar bebidas y a masticar chicle para ocultarlo cuando volvíamos a casa. Vinieron los amores trágicos, de días, incluso meses, que lo dejaban a uno como si nada más importase. Empezábamos a prestar atención a las letras de ese norteamericano que gritaba “rape me, hate me”, que

hablaba del hombre que vendió al mundo.

Tenía un póster de Kurt Cobain en la pared de mi cuarto y veía a mis padres desfilando por la pasarela del error. Para entonces mi hermano se había ido de casa y los testigos de Jehová venían cada domingo por la mañana. Lo intentaron conmigo, pero no hubo caso. Se espantaban cuando, en la versión *unplugged*, aquella dulce voz apedreaba: *Jesus doesn't want me for a sunbeam, 'cause sunbeam are never made like me. Don't expect me to cry, for all the reasons you had to die...*, y yo trataba de explicárselo.

Guardo fotos de una vieja polaroid con que mi hermano capturaba banalidades transformadas en grandes momentos. Detalles de cuando todos parecíamos felices. En una de ellas sale abrazado a mi padre, los dos de frente, con una sonrisa absurda. Lo peor de aquella tarde del 8 de abril fue darme cuenta de que mi hermano era de carne y hueso. Los héroes pueden volarse la sesera, pero en la mesa de un café junto a Pablo, mirando a los jóvenes pasar con sus tachas y borceguíes negros, preferíamos despojar a Kurt de las ropas de mártir. Lo recordaremos siempre (qué voz tenía el cabrón) mientras suena *Where did you sleep last night?* como despedida, como un cierre perfecto, libre de pólvora, pero no de vísceras.

Disco recomendado:

Nirvana. MTV Unplugged, 1993

Perseguir la historia

Me acostumbré a la displicencia de las empleadas de una céntrica heladería de Málaga: bailando nerviosamente un chicle con la boca entreabierta —una boca enmarcada de abundantes arruguitas de resentimiento—, la dependienta te alargaba el cucurucho de turrón sin mirarte (cuando había suerte. Si te miraba era aún peor). Yo procuraba olvidar pronto el pésimo trato y salía a la calle a disfrutar de mi helado. Sin embargo, el otro día me atendió una chica nueva, devolvió mi sonrisa y supe que por fin podía ir más a menudo a disfrutar sin reservas de mi sabor favorito. Espero que esta persona no esté cubriendo una baja temporal.

Sabemos que en el desenvolvimiento de cualquier profesión debemos dejar los problemas en la puerta. Es cierto que no siempre se puede, pero eso no nos libra de la obligación de concentrarnos en la tarea elegida. Uno no anda castigando con sus aficciones a compañeros o clientes y, por otro lado, mostrarse alegre se agradece mucho si no trabajas en una funeraria.

En los talleres de escritura surge con frecuencia el problema de los textos inacabados porque se iniciaron desde un estado de ánimo que el autor no supo, o no quiso, recuperar



al siguiente día. Esta explicación del abandono tiene una lectura: el autor está haciendo pasar el texto por la depresión de su ombligo.

Es comprensible, y dicen que sano, usar un papel para desahogarse; a nadie se le ocurriría, por ejemplo, utilizar un váter con el portarrollos

vacío. Pero quien quiera escribir un texto completo, y hacerlo bien, debe evitar la tentación terapéutica y estar dispuesto a aceptar las reglas del oficio. ¿Cuántos textos se han frustrado por no encontrar su autor el momento apropiado para continuarlos? ¿En cuántas ocasiones hemos utilizado

este argumento como excusa para librarnos de la obligación contraída con el relato que habíamos iniciado?

No pretendo decir que todo lo que escribimos es aprovechable pero, como el tiempo de la narración y mi tiempo al escribir nunca coinciden, procuro no olvidar que una cosa es la ficción que estoy creando y otra distinta es mi realidad, por más que exista alguna, o mucha, comunicación entre ambas.

Frente a los embates de nuestro ego, sólo cabe anteponer el oficio, la determinación de cumplir con el trabajo. Si ya habíamos elegido el tono de un relato, y entendemos que es el apropiado, debemos volver a impregnarnos de él para continuar escribiendo. De la misma manera que se viven las aventuras o desventuras de los personajes al ver una película o leer un libro, quien escribe debe revivir el mundo que estaba creando antes de continuar. Esta operación previa de *desposeerse*, poniendo a un lado nuestra realidad, para poder interpretar adecuadamente el papel del narrador, se puede realizar mediante la relectura atenta del trabajo que llevamos realizado, cosa que haremos tantas veces como haga falta hasta retomar el tono.

Escritura y Psicoanálisis

Emilio Mármol

Fuente y origen

“No quiero mostrarme”, me digo apenas me pongo a escribir.

Esta ocurrencia o dificultad —que no siempre llega de esta forma— podría hacer que me detuviera el tiempo necesario para buscar su origen y decidir su destino. Dificultad que, a veces, encubre la necesidad de declarar, de encontrar la palabra adecuada, como en las antiguas asambleas.

¿A quién no le sorprende que un escrito sobre psicoanálisis, incluso cualquier escrito, empiece con un “no”, con una negación en su primer párrafo? Ese “no” es una de las formas en las que se presenta un deseo inconsciente. Ese es el origen (de él quizá me haya protegido durante mucho tiempo) de una necesidad de expresarme, de decir lo más particular que puedo decir: mi deseo.

Tenemos el temor a que lo particular se muestre. Y, por otra parte, está el deseo de mostrarlo. ¿Existe algo más perturbador que una paradoja encarnada? Está, sin duda, un horror en juego, y también las ganas de escribirlo, de trascenderlo, de sublimarlo.

Cada uno, por las razones que sean, puede transitar en una paradoja semejante. Y podemos encontrar que lo que pretende ese deseo justificado, es usar cualquier camino —como el de escribir— que emprendamos.

Lo que se muestra en un escritor como afán de notoriedad, fama o reconocimiento, puede albergar en su interior lo menos adecuado a tal fin, salvo que lo presente “cocinado”, elaborado. De modo que quede diferenciada la fuente inspiradora del

escrito, del que escribe; es decir, de su origen.

Podemos querer ser reconocidos por lo que escribimos. Y no es necesario que se nos reconozca en lo escrito en nuestros aspectos menos meritorios. Aunque también pueda elaborarse con valentía lo menos meritorio. He oído decir que esto es un acto de amor. Yo también lo creo. Lo es ante todo, aunque parezca paradójico, hacia uno mismo.

Pero este no es un acto que tenga que ser descarnadamente dramático ni en primera persona. Siempre podremos crear un personaje que se agite con nuestra anomalía. Esa renuncia al narcisismo es esencial; quien sabe elaborarla siempre obtiene una satisfacción como recompensa.

<p>Librería rayuela</p> <p>C/Cárcer, 1 29008 Málaga 952 219697 952 220786 www.libreriarayuela.com rayuela@libreriarayuela.com</p>	<p>AGAPEA LIBROS URGENTES</p> <p>Avenida Doctor Manuel Dominguez, 6 29010 Málaga</p> <p>951 020 502 www.agapca.com</p>	<p>lasdescalzas papelería - librería copistería</p> <p>Plaza Las Delcalzas, 2 Antequera 952 844 339 info@lasdelcalzas.com</p>	<p>PROQUO LIBRERÍA, FOTOCOPIADORA</p> <p>C/Juan Villarazo, 28 Campus de Teatinos 29010 Málaga 952 612 871 www.proquo.com info@proquo.com</p>	<p>CINCO ECHEGARAY MÁLAGA</p> <p>C/Echegaray, 5 29015 Málaga 952 60 93 52</p> <p>www.cincoechegaray.com cincoechegaray@yahoo.es</p>
--	---	--	---	--

EL SOFÁ

De: familiabusca@hotmail.es
A: <undisclosed-recipients>

Las pasadas navidades mi hijo pequeño se rompió el dedo meñique del pie derecho y tuvo que guardar reposo. Se pasó todas las vacaciones en el sofá de la esquina junto a la terraza, con la pierna en alto y el gato en las rodillas. Al principio era un engorro, pero acompañaba. Un mes después, mi hija mayor se rompió el tobillo izquierdo y volvimos a tener ocupado el sofá durante seis semanas. Luego fue mi marido el que se lesionó una pierna en el trabajo y estuvo inmovilizado un mes.

Ahora no hay nadie en el sofá. Lo miramos, alisamos la funda, ahuecamos los cojines y suspiramos.

Le estaremos muy agradecidos si nos pone en contacto con algún convaleciente escayolado en extremidades inferiores. Ofrecemos un par de muletas en buen estado, comida casera, playstation, wii, ordenador portátil con conexión a internet, biblioteca surtida y conversación.

Si conoce a alguien interesado, contacte con nosotros mediante correo electrónico.

Encarnación González
Málaga

UN CAMBIO NECESARIO

Yo era una morena gordita, con gafas y tetitas pequeñas, malhumorada y amargada.

Me impuse un cambio de imagen: perdí 15 kilos en un gimnasio, me teñí de rubio, compré lentillas y me operé los pechos.

Ahora soy una rubia delgada, con ojos azules y un buen par de tetas, malhumorada y amargada.

Eloísa Navas
Málaga

MATAR EL TIEMPO

Mi tío animaba los duelos de la familia con su repertorio de chistes.

Su entierro fue el más aburrido.

Alejandro Macías Téllez
Huelva

SUMA

—Creo que tienes un problema —dice él.

—Mis amigas dicen lo mismo —le responde ella mientras mira al suelo.

—El problema son ellas.

—Entonces tengo dos.

Aquella tarde volvieron a ir de compras, como todos los martes.

Marta García del Valle
Murcia

EL TIEMPO RECOBRADO

Llaman a la puerta. Abro y me encuentro a un bebé fumando. «Buenos días», me dice, y entra cargando un maletín casi tan grande como él. Se sienta en el sofá y dice: «soy la infancia que nunca tuvo». «Qué tontería», respondo yo, «si tuve una infancia de lo más feliz. Allí en el campo, con mis tíos, las cabras, las vacas, la fiebre del heno». «Todo mentira», me interrumpe él, «usted no tuvo infancia, hubo un error y se la dimos a un niño de Singapur, que tuvo dos. Ha sido su psicoanalista quien le ha convencido de que todo aquello pasó, pero sólo ha sucedido en su imaginación. De hecho, ni siquiera tiene usted tíos. ¿Y qué es eso de los animalitos en el campo? Ni que se creyera usted Heidi». Yo disimulo las lágrimas, que no es varonil que a un hombre hecho y derecho le haga llorar un bebé. Aunque sea un hombre sin infancia. El bebé entonces saca unos papeles del maletín y me hace firmarlos asegurándome que es un contrato de cesión de niñez por el que todos los fines de semana recuperaré un par de horas de la infancia que nunca tuve. Después lo acompaño a la puerta, donde nos encontramos a un chaval con un maletín y un grave problema de acné. La adolescencia que nunca tuve, supongo.

Gabriel Noguera Martín
Torremolinos (Málaga)

Si eres socio, disfruta de un **-5%** permanente en libros



www.fnac.es

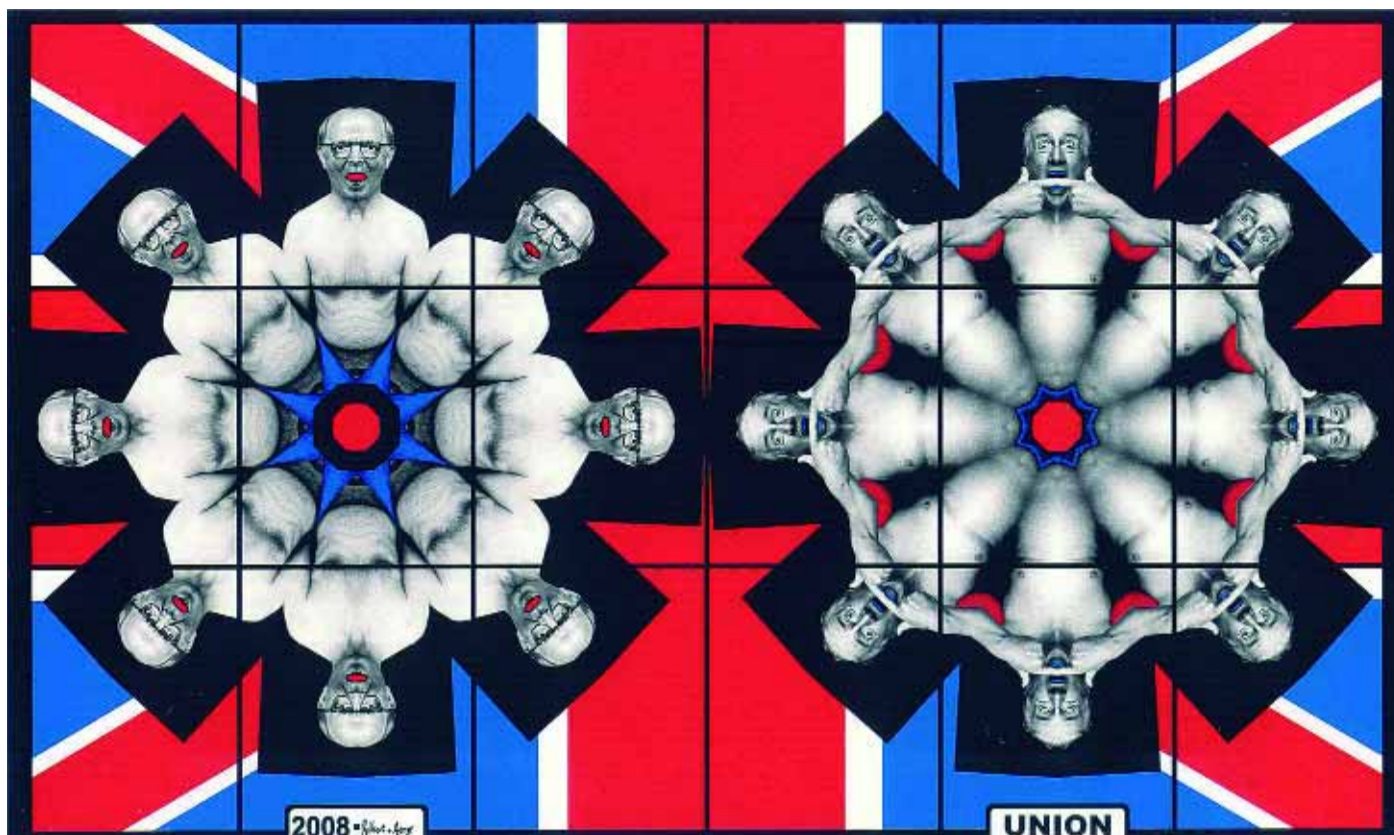
Pregunta cómo hacerte Socio en tu tienda fnac más cercana; es muy fácil.

Gilbert & George contra la fauna local

A quien piense que una exposición de arte sólo puede ser algo serio o aburrido, le recomiendo que no deje de asistir a alguna inauguración, y si para ello necesita acreditarse como colaborador de un medio de comunicación, que haga como nosotros: fundar un periódico.

La muestra *Jack Freak Pictures*, de Gilbert & George puede ser calificada de lo que se quiera, pero esta pareja de jóvenes artistas de 67 años no son ni serios ni aburridos. Si acaso, como les ocurre a todos los jovencitos, tienden al exceso y se consideran el centro de su vida (esto es irreprochable) y obra, erigiéndose a sí mismos en su propia patria, religión y chiste, proponiendo una exposición de cuadros que sólo se permitiría un par de hombres inmaduros, al estilo del personaje de Landero, que ya no tienen nada que perder. Gilbert y George están contentos de ir cada mañana a su estudio y decir con sus creaciones lo que les da la gana. Y, como dice Gilbert, encima les pagan.

Como viene siendo costumbre en una exposición de arte moderno, todo el mundo hablaba del "atrevido" de los artistas aunque, por supuesto, "no se llevarían ninguno de aquellos cuadros a casa". Es falso. Entre la profusa acumulación de vidrieras góticas cargadas de símbolos británicos y religiosos de esta muestra —si somos capaces de no dejarnos abrumar por el conjunto—, hay alguna obra que seguro nos dice



algo, y en cualquier caso, poner uno de esos cuadros en casa (que rondan los 2'5 metros de alto por 4 de ancho), sería un sueño para cualquiera; eso significaría que se es propietario de un palacio, y no el arrendatario de un pisito de mierda.

Hay que agradecerle al Centro de Arte Contemporáneo de Málaga los esfuerzos que está realizando por llevar a esta ciudad las propuestas artísticas más sugerentes del panorama nacional e internacional.

Anécdotas:

1- El director del museo dice en su discurso: "...ellos empezaron a torcer algunos tópicos de la ideología de su sociedad, rompiendo los tabúes de un país tan conservador como el suyo". En la mesa sólo sonreía el director del *British Council*, (entidad que ha colaborado en el traslado de la muestra). Fue el único que debió de reparar en que, poco más de un mes más tarde, las calles de la ciudad se llenarían de crucificados, vir-

genes dolorosas y de los pies llenos de ampollas de muchos miles de penitentes.

2- Toda presentación tiene su reportero Gustavo. En ésta, un periodista de un medio digital polaco se dirigió a los artistas en inglés. Durante los dos minutos que duró su exposición/pregunta, G. y G. lo miraron con la misma cara de estupor impasible que muestran en sus cuadros. Al terminar ("sorry?"), se dirigieron a la traductora para que, por favor, les allanase el inglés de aquel señor. El polaco se impacienta y abrevia su pregunta:

—“Why Málaga?”

—Hemos venido porque se nos ha llamado.

—Un periodista ha sugerido que cuando terminasen su recorrido tendrían que contemplar el suicidio.

—Esa pregunta normalmente nos la hacen en Alemania.

—“Why Germany?”

A este punto, no sólo Gilbert y George se preguntaban: “Why you?”

3- Tampoco falta el entendido a estas citas. Disfruten su intervención:

—Hace poco más de un año estuvieron ustedes en La Huerta de San Vicente y se metieron en la cama de Lorca. ¿Qué les parece que, siguiendo precisamente las indicaciones de un hispanista británico, hayan intentado buscar el cuerpo de Lorca sin encontrarlo? (El director del museo cierra el turno de preguntas.)

Hay más anécdotas, pero no debería terminar este artículo sin trasladar la sugerencia de Gilbert:

—El acceso al arte contemporáneo es muy difícil, no es lo mismo que el acceso universal que tienen los deportes. Difundan esto. Es nuestra primera exposición en Málaga y quizás sea la última.



Amor cerrado

Durante tres años enganché candados en los parapetos de los puentes de media Europa hasta lograr descejar el de Luci. El primero fue en el Ponte Vecchio de Florencia, durante la semana santa de 2006. Aunque el grupo de amigos habíamos organizado un viaje a Roma (nunca olvidaré la emoción de ella al contemplar los frescos de la Capilla Sixtina mientras los vigilantes chistaban a los turistas, y mi deseo de subirle la falda, metérsela allí mismo y auparla repetidamente con todas mis fuerzas para que ella también pudiese tocar con el dedo índice la gloria de Dios), incluimos en el paquete una visita a la capital de la Toscana. Fue en esta última ciudad donde nos cogimos por primera vez de la mano. Paseamos solos aquella tarde. Cuando cruzamos el puente, en el mirador central, me fijé en los racimos de candados prendidos de la verja que rodea el busto de Benvenuto Cellini. No tardé en imaginar la ceremonia y le dije a ella que me esperase un momento. Antes de 10 minutos ya había vuelto con un candado y una navajilla suiza con la que grabar nuestros nombres en él. Pasé el gancho por uno de los travesaños de la verja y lo cerré. Nos miramos a los ojos a la vez que arrojamos las dos copias de las llaves al Arno. Acarició una de mis mejillas; pude sentir a través de su tacto lo conmovida que estaba. Se me empalmó. Me atreví a besarla. Le recordé que aquella era la última noche del viaje. Pensé con rapidez: no me costaría nada convencer a Juan de que se fuese al cuarto de otros compañeros, podía llevarse la cama supletoria de la triple que compartía ella con sus amigas. Así que me atreví a pedirle a Luci que se acostase conmigo. Me dio un bofetón y se largó.

Recuerdo que me agarré a la baranda y, aunque el aire era demasiado fresco, pensé en lanzarme al Arno para recuperar las llaves. Estaba convencido de que había perdido mi lucidez anterior. Miré el candado, le di una patada a la verja y me marché en la dirección opuesta a la de ella.

Más tarde comprendí que fue una suerte no haberlo podido quitar, porque tras la cena vino la reconciliación y volvimos al puente. Yo estaba aprendiendo a tener paciencia, así que me limité a coger su mano mientras la veía contemplar en la penumbra aquel trozo de verja pellizcada. El viento era helador. Notaba sus tiritones. Yo también sufrí algún escalofrío. Luci estiró la mano libre para tocar el cierre con el dedo índice. Parecía un Caravaggio, tenía en la cara la misma incredulidad que Santo Tomás. Me emocioné. Y no se me levantó.

Tres meses más tarde repetimos el gesto sobre el Sena (el guantazo no), en el Puente de las Tullerías.



Puse su nombre, el mío y la fecha dentro de un corazón. Utilicé para ello pincel, pintura verde y un candado más grande. Hubiese resultado una ceremonia perfecta de no ser porque cada dos minutos se agachaba algún magrebí junto a nosotros y trataba de convencernos de que se nos había caído una gruesa alianza de oro. Yo, que presumía de pillar un timo al vuelo, no piqué, pero la insistencia deslució mucho la ceremonia. Sin embargo, esa noche Luci me abrió sus piernas.

Aquel polvo fue como tirarse a una muerta

Ahora sé que aquel polvo fue como tirarse a una muerta, pero en aquel momento me pareció más que suficiente que ella sólo se tumbara y me dejase hacer. Tras unos quince minutos intentando darle placer, entendí que se esforzaba en soportar las molestias. La única frase que dijo cuando me aparté fue que le hacía daño el preservativo. Aunque cada uno pasó en su cuarto las restantes noches, ella estaba más cariñosa y atenta conmigo, y yo estaba decidido a mostrar toda la paciencia que ella necesitase. Me sentía enamorado y no comprendí lo que me pasaba hasta mucho después: en realidad, me obsesionaba la idea de procurarle un orgasmo, y a ese objetivo me dediqué durante los siguientes meses. El del viaje a París fue el primero de los

encuentros íntimos que, de regreso y a razón de uno a la semana, se caracterizaron por proporcionarme la dosis exacta de insatisfacción que me fue atando cada vez más a ella.

Con cada candado, nuestra relación iba mejorando. El del Támesis lo hicimos por teléfono. Yo había ido a Londres por trabajo. Le conté el proceso con tanto detalle que Luci me confesó haberlo vivido como si hubiese estado presente. Lloré, emocionado por lo emocionada que estaba ella. "Eres el hombre más bueno de la Tierra", me dijo, y yo me sentí el hombre más bueno.

A mi regreso de Inglaterra, estuvo más relajada en la cama, por fin había abandonado el rigor mortis de los encuentros anteriores. Yo la estimulaba con el dedo corazón, oí su respiración profunda y unos minutos después sentí que se estremecía. No fue hasta dos días más tarde cuando le pregunté qué había notado. Ella se limitó a sonreír y me dio un beso.

Luego vinieron el Manzanares, el Tajo, nuestro matrimonio, el Danubio. Llevábamos cinco meses casados y me propuso tener un hijo. Yo dudé, pensaba que era mala idea tenerlo tan pronto, pero no supe negarme. Lo presenté ante ella y ante todos como la segunda gran prueba de amor, después de la de acceder a casarnos, en lugar de reconocer mi falta de carácter. Lo sorprendente es que aquella misma noche fue ella quien me reclamó; se mostró activa, llena de deseo. Por primera vez la penetré sin tener que luchar por abrirme paso, sin quejas ahogadas, sin preservativo. Me

sentía intimidado y no pude disfrutar de su disposición. Cuando me separé de ella vino el gesto que inició nuestro distanciamiento. Estaba tumbada bocarriba y levantó las dos piernas hasta dejarlas muy rectas. Se ayudaba con las manos en las corvas para sostenerlas. Parecía concentrada en esa postura, en contar el tiempo que debía permanecer así. Estuve unos minutos tumbado junto a ella, mirando aquellos dos mástiles. Eran como los de un barco que la alejaba de mí. Un barco pirata. Me levanté y fui al cuarto de baño.

Lo demás vino rodado. Ella se ha quedado con casa e hijo y mi situación económica no me permite viajar. Recientemente he descubierto de dónde surge la historia de los candados; hay un escritor italiano, Federico Moccia, que en alguna de sus novelitas (no sé si en "Perdona que te llame amor" o en "Perdona pero quiero casarme contigo") utilizó esta liturgia de los ríos y las llaves. He visitado su web y me he acordado de sus muertos y los míos. Si pudiese, volvería a cada puente para exorcizarlo, pero tendré que conformarme con romper el que puse en mi ciudad, sobre el río de la peste. En esa ocasión escribí su nombre completo con un rotulador indeleble; no le gustó. Una segueta o un cortafío será la nueva compra en la ferretería. Aunque creo que nada puede ya restablecerme de esta sensación que tengo de no ser más que un gilipollas.

Un condenado a muerte

Un condenado a muerte se ha escapado; y ese será el final de la película. No sólo lo desvela en el título, sino que además el director, Bresson, confiesa en los créditos iniciales que lo que cuenta es real y lo presenta como es: "sin ornamentos". Postura radical contra todo espectador ansioso de giros espectaculares o agónicos finales sorpresa. La película funciona sin adornos ni engaños. Es un cine sin trucos pero también sin concesiones.

Cine sin trucos ni concesiones

Un hombre, una celda, un objetivo: escapar. Fontaine, el preso, es un espía que lucha contra la ocupación nazi. Ha sido condenado a muerte, pero no se resigna. Tratará de escapar. La historia es sencilla: traza un plan desde su celda y lo desarrollará minuciosamente. Paciente y metódico, pondrá a disposición de ese objetivo todos sus sentidos. Tal es el empeño con el que planea su fuga, que el espectador se siente irremediabilmente identificado con su firme deseo de libertad. No tiene más que su discurso interior, y es todo lo que necesitamos. La voz en *off* calmada y desapasionada de Fontaine —como quien lee un diario— nos describe el plan, con sus dificultades e incluso las dudas que le asaltan a propósito de su compañero temporal de celda. Su voz y las imágenes, sin vistosos efectos especiales, componen una de las



mejores películas sobre cárceles realizadas en la historia del cine.

Un condenado... es el segundo filme de la célebre trilogía de Bresson dedicada a la soledad. El director, para realizar esta obra maestra, venció con éxito cualquier tentación: le habría sido sencillo caer en el juicio político del bando opresor; le habría resultado seductor mostrar una muerte, una lágrima, unos ojos sufriendo —al fin y al cabo se trata de una prisión alemana durante la Segunda Guerra Mundial—, ¿qué otra cosa además de angustia podrían experimentar allí los condenados? Pero Bresson, en un ejercicio portentoso de continencia, omite todo lo accesorio. Se centra en la escena que filma y en los personajes, en el instante que vive el protagonista. Cuando lo más importante del mundo es mante-

ner la cuchara afilada, conseguir una astilla de madera, intercambiar cuatro palabras con otros reclusos o que los pies no hagan ruido al pisar la grava.

Bresson nos convierte en el hombre que va a ser ejecutado. El preso no sabe cuándo; puede ser muy pronto. Nos obliga a que sintamos lo que el condenado es capaz de intuir en su celda. Elude la mirada de los muertos en el paredón, pero nos permite oír las intimidantes ráfagas de disparos que llegan a oídos del protagonista. No se recrea en la tortura a la que es sometido cuando llega a prisión, pero la camisa de Fontaine permanecerá todo el tiempo manchada de sangre. Bresson no rueda cómo el prisionero abate al centinela; vemos su cuerpo en el suelo. Siquiera nos permite observar la cara de sus guardianes: los nazis están ahí, oímos sus voces,

sentimos el peso amenazante de sus botas... Evita los planos generales de la celda para centrarse en los escasos y elocuentes gestos del preso. Aloja en nuestro ánimo cada una de las sensaciones de Fontaine. Queremos escapar con él. Y aunque sabemos que lo hará, no nos es posible dejar de angustiarnos al escuchar el chirrido invariable de la bicicleta del vigilante que patrulla los muros exteriores cuando está a punto de huir de aquel infierno.

Bresson juega limpio con el espectador

A Bresson nunca le hizo falta hacer trampas para sorprender al espectador, ni en ésta ni en ninguna otra de sus películas. Uno de sus logros en *Un condenado...* consiste en transmitir a los espectadores la serena ansiedad del protagonista, su inquietante tenacidad, filmando una historia sin concesiones al drama o heroísmo gratuitos. Sobrevive a todas las tentaciones a las que sucumben la mayor parte de cineastas "mortales". Cuenta, elegante y exclusivamente, lo que debe contar. Muestra lo imprescindible. No impone moralinas.

Esta película se convirtió en un referente para los cineastas de su tiempo, para los jóvenes realizadores, y en una de las historias más prestigiosas que cualquier espectador sensible pueda disfrutar.

Concurso

Pablo Betancourt

Certamen de relatos cortos *Tierra de Monegros*

En dos ocasiones crucé Los Monegros en automóvil. Ambas fueron en verano, con un paisaje aplastado por el sol. Aquellas tierras me trasladaron el temor a la soledad de quedarse tirado, por la ausencia de gasolineras, y la intuición de que la aridez podía ser bella en otra estación más propicia.

No he vuelto a cruzar esa comarca. Han pasado más de 10 años, pero sigo sintiendo el impulso de convertirme durante un par de días en el Lawrence de los Monegros.

Además del premio en metálico del certamen de relatos cortos que allí convocan, la organización del concurso invita al ganador y su acompañante a visitar la comarca.

Me veo con la mirada fija en el horizonte, esperando la llegada de Omar Shariff.

Me veo con la mirada fija en el horizonte, esperando la llegada de Omar Shariff.

Concurso del mes
XXII Certamen de relatos cortos "Tierra de Monegros"
Dotación: 2.000 €
Fecha límite: 15/6/2010
Más información: cultura@monegros.net

JONATHAN MEEESE

3 x C = CIRCUSSYS CERAMICUSSUS CALIGOLOSSOZ
(Once upon a time in Fort Knoxoz)

9 abril - 20 junio 2010

C/ Alemania s/n. 29001 Málaga Tel. +34 952 12 00 55. www.cacmalaga.org

cacmalaga
Centro de Arte Contemporáneo

Ayuntamiento de Málaga

Colabora:



Luis Landero (*Retrato de un hombre inmaduro*, Tusquets Editores)

El libro *Retrato de un hombre inmaduro* aparece como un compendio de relatos que podrían ser independientes. ¿A qué se debió esa forma de tramarlo?

La historia se cuenta desde la memoria del narrador, y ése es el paisaje que ofrece su pasado: un amontonamiento de episodios perdidos en el tiempo. Algo así como las perlas de un collar, que son independientes pero van todas insertadas en el mismo hilo.

Al crear un protagonista en la situación de nada que perder favorece que el lector encuentre sinceras sus historias, sus reflexiones. Por otra parte está solo, aunque no abandona su humor tan particular. ¿La concepción del personaje fue premeditada o surgió a lo largo de la novela?

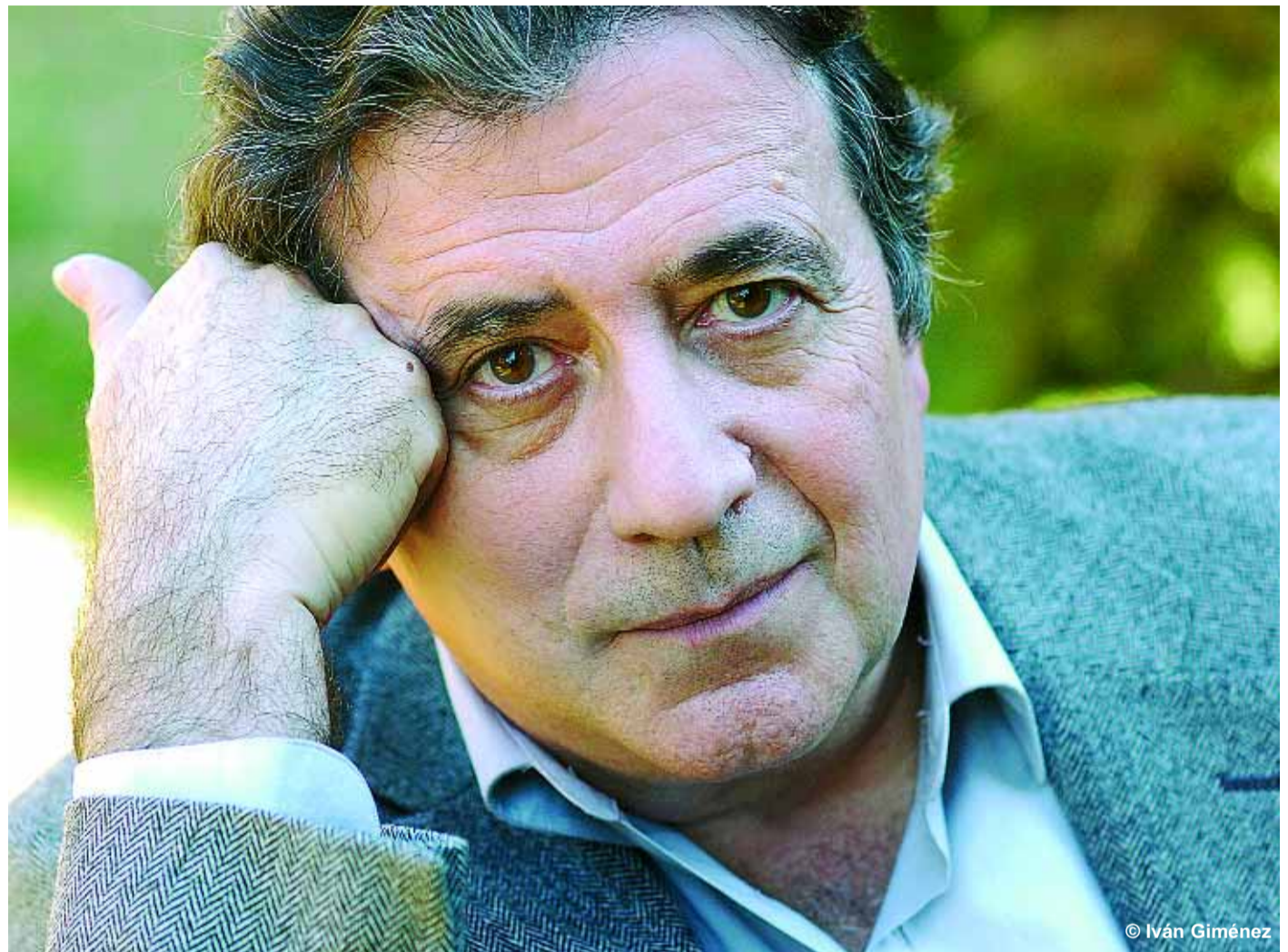
Fue premeditada. Es una voz que habla desde el final de la vida, cuando ya sólo queda hacer balance. El hecho de que tenga las horas contadas le hace quizá ser más lúcido y sincero.

Quizá nos define más aquello que quisiéramos ser que lo que somos

Como al señor Bloom en la película *Big Fish*, al protagonista de su novela parece no serle suficiente la realidad para vivir. ¿Modela a su gusto nuestro hombre inmaduro las historias que cuenta?

A nadie le es suficiente la realidad para vivir, salvo a los niños, a los locos, a los recién enamorados, a algunos sabios y poco más. Por otra parte, nunca recordamos fielmente los hechos. La nostalgia, la imaginación, los deseos, los altera a su modo. Quizá nos define más aquello que quisiéramos ser que lo que somos en la realidad.

El conflicto entre lo que deseamos ser y lo que realmente somos, ¿es más acusado en el escritor?



© Iván Giménez

No lo sé. Es cierto que muchos escribimos desde la insatisfacción, desde un cierto sentimiento de carencia, de orfandad. Pero, escritores o no, casi todos sufrimos la sospecha de estar en el mundo de prestado, y es casi imposible escapar a la sensación de que la vida es un absurdo. Y cada cual trampea eso como puede.

En una entrevista reciente usted habló de los lectores inspirados y de la impronta que deja ese lector. ¿Cómo es posible valorarla? ¿Podría ampliar la idea?

Hay lectores más inspirados que otros, y libros que nos inspiran más que otros. El Quijote, por ejemplo, es el texto que escribió Cervantes más los millones de lectores que lo han ido enriqueciendo con sus lecturas personales e intransferibles. Creativas, en definitiva.

Parece no estar de moda el com-

promiso social e ideológico. En el caso del escritor, ¿deberíamos aceptar que es resultado de la poca exigencia de los lectores? ¿De una adaptación, por tanto, al mercado?

Es que la sociedad se ha desideologizado. Hay como un descrédito de las ideologías, un encogerse de hombros, un cansancio político y hasta moral que inevitablemente se refleja en el arte y en la literatura. El compromiso, desde luego, no está de moda. El dinero es lo que de verdad está de moda.

El compromiso no está de moda. El dinero es lo que de verdad está de moda

¿Cómo inicia la confección de sus novelas?

Un escritor tiene que escribir a partir de lo concreto, de su mundo singular y único, y rehuir la tentación de lo abstracto. Para mí, lo importante en la novela es el personaje. Trabajando en él, va saliendo todo lo demás, el espacio, el tiempo, el conflicto, la trama.

Sugiéranos dos cosas que jamás debería hacer un joven escritor.

Intentar gustar a los demás antes que a sí mismo.

Caer en el rencor o en la complacencia (Camus).

Y, si es posible, otras dos que, en su beneficio, no tendría que olvidar.

Ser terco como una mula, y saber que en esa terquedad ya está garantizado el éxito de la tarea.

Ser uno mismo. Ése es el único secreto de la originalidad.

Puedes escribir mejor

Taller de Escritura
Paréntesis
www.tallerparentesis.com
952 60 82 44



Periódico cultural gratuito
disponible también en internet
ISSN: 1989-1121
Depósito Legal MA-577-2008